

ENSAYOS





LOS ECOS DE PRÓSPERO EL LEGADO COLONIAL EN EL IMAGINARIO TURÍSTICO CARIBEÑO MODERNO

Esteban Barboza-Núñez¹

Recibido: 03 de octubre de 2017
Evaluado: 15 de diciembre de 2017
Aceptado: 25 de enero de 2018

Resumen

En el artículo se analiza la construcción y representación de espacios y sujetos en el imaginario turístico caribeño moderno y su relación con la producción y circulación de imágenes, procesos civilizatorios, y el desarrollo del capitalismo que se remontan al inicio de la presencia europea en la cuenca, en el siglo XVI. Se parte de la metaforización de estas relaciones en la *La Tempestad*, de William Shakespeare, específicamente en la relación entre Próspero y la isla como espacio, y su relación con los habitantes nativos de esta, especialmente Calibán. En el artículo se plantea- haciendo uso de la obra shakespereana, de los procesos históricos coloniales en el Caribe a partir de las primeras descripciones europeas de la zona en los diarios de Colón, el desarrollo de la plantación esclavista, y la instauración del turismo moderno- que la gran mayoría de las dinámicas coloniales aún persisten en la percepción y el uso del Caribe como destino turístico.

Palabras clave: Caribe, colonialismo, turismo, Shakespeare,

¹Costarricense; licenciado en la enseñanza del inglés por la Universidad Nacional de Costa Rica; máster en literatura por la Universidad de Costa Rica; doctorando en estudios de la sociedad y la cultura por la Universidad de Costa Rica. Profesor investigador de la Universidad Nacional de Costa Rica. ORCID: <https://orcid.org//0000-0002-2497-2360>. Correo electrónico: luis.barboza@ucr.ac.cr , ezteban@hotmail.com

PROSPERO'S ECHOES THE COLONIAL LEGACY IN THE TOURISM IMAGERY OF MODERN DAY CARIBBEAN

Received: October 03, 2017
Evaluated: December 15, 2017
Accepted: January 25, 2018

Abstract

The article analyzes the construction and representation of spaces and subjects in the modern Caribbean tourism imaginary and its relationship with the production and circulation of images, civilizing processes, and the development of capitalism, which date from the beginnings of the European presence in the basin, during the 16th century. The analysis is built around William Shakespeare's play *The Tempest*, mostly on the metaphor of the relationship between Prospero and the island, and with its native inhabitants in particular with Caliban. By making use of the Shakespearean work of the colonial historical processes of the Caribbean in the first European descriptions of the area portrayed in the dairies of Columbus, the development of the slave plantation, and the establishment of modern tourism, this article proposes that the vast majority of colonial dynamics still persist in the perception and use of the Caribbean as a tourist destination.

Keywords: The Caribbean, colonialism, tourism, Shakespeare

OS ECOS DE PRÓSPERO O LEGADO COLONIAL NO IMAGINÁRIO TURÍSTICO CARIBENHO MODERNO

Recebido: 03 de outubro de 2017
Avaliado: 15 de dezembro de 2017
Aceito: 25 de janeiro de 2018

Resumo

O artigo analisa a construção e representação de espaços e sujeitos no imaginário turismo caribenho moderno e sua relação com a produção e circulação de imagens, processos civilizatórios, e o desenvolvimento do capitalismo que se remontam ao início da presença européia na bacia, no século XVI. Parte-se da metaforização destas relações na a *La Tempestade*, de William Shakespeare, especificamente na relação entre Próspero e a ilha como espaço, e sua relação com os habitantes nativos desta, especialmente Calibán. O artigo propõe -fazendo uso da obra shakespereana, dos processos históricos coloniais no Caribe, a partir das primeiras descrições européias da zona nos diários de Colón o desenvolvimento da plantação escravista, e a instauración do turismo moderno- que a grande maioria das dinâmicas coloniales ainda persistem em na percepção e o uso do Caribe como destino turístico.

Palavras chave: Caribe, colonialismo, turismo, Shakespeare

Introducción

Un duque exiliado en una isla misteriosa, amplio conocedor de las artes de la magia contenidas en su arsenal de libros que estudia y guarda celosamente, provoca, con la ayuda de un sirviente etéreo a quien controla a través de sus misteriosos poderes, una tempestad, luego de enterarse que sus antiguos enemigos, usurpadores de su trono, pasan cerca la isla de su exilio. Lo que al inicio parece erigirse como un acto de venganza, poco a poco desemboca en un torrente de temas que van desde la expiación y el perdón a su hermano, quien fuera el usurpador y la principal razón de la tempestad, que tiene como objetivo hacerlo naufragar y traerlo a cuentas a la isla por la fuerza; la renovación de las esperanzas en especie humana por parte del mago a través de la conexión que se establece entre Miranda, su hija, y Fernando, el hijo del rey de Nápoles, también arrojado a la isla por las fuerzas de la naturaleza controladas por el mago; y finalmente, la relación que se establece entre el mismo duque y otros personajes que habitaban la isla desde antes de su llegada.

El título y la autoría de la obra en cuestión no son difíciles de identificar. Nos referimos a *La Tempestad*, última obra firmada por el dramaturgo inglés William Shakespeare, en 1611, y que, al menos desde la perspectiva latinoamericana, aunque también en otras latitudes, ha recibido quizá más atención que casi cualquier otra de sus obras, especialmente a través del uso, por parte de la crítica, de conceptos metafóricos y personajes conceptuales, particularmente en cuanto a las relaciones establecidas entre Próspero, el duque exiliado, y Calibán, el habitante nativo de la isla, colonizado por el duque-mago y convertido en su esclavo.

A pesar de que la obra no se circunscribe explícitamente al Caribe o a América, conspicuos críticos literarios latinoamericanos, desde Aníbal Ponce hasta Roberto Fernández Retamar, entre otros, han encontrado en esta un repositorio de relaciones del tipo colonial, típicas de las establecidas durante el “descubrimiento” y la conquista de América por parte de los colonizadores europeos durante los siglos XVI y XVII. La obra, se ha demostrado, presenta gran inspiración en historias y aventuras acaecidas en territorios americanos, por ejemplo, el naufragio de Sir Thomas Gates en las Bermudas en 1609, y su posterior arribo a Virginia, un año después; o bien, a partir del conocimiento que Shakespeare tenía de los relatos de John Smith o Fernando de Magallanes, entre muchos otros (Palazón, 2000), y que hablaban de las relaciones coloniales recién inauguradas en el gran teatro del continente americano.

Basándonos en parte en dicha inspiración, y en parte en las relaciones establecidas en la obra, especialmente entre Próspero, nombre del duque exiliado, y Calibán, su esclavo nativo, se argumenta en este ensayo que la enunciación, representaciones y recreaciones del Caribe como espacio turístico de masas moderno sigue guardando una estrecha relación con la producción y circulación de supuestos e imaginarios, procesos civilizatorios y el desarrollo del capitalismo moderno que se remontan a comienzos de la presencia europea en la cuenca, en el siglo XVI, y que pueden hallarse metaforizados en la obra de Shakespeare, en la relación entre Próspero y la isla como espacio, y en la relación entre el duque exiliado y los habitantes nativos de la isla, especialmente Calibán.

Para llevar a cabo esta argumentación es necesario un análisis, primero, de las recreaciones, significaciones

y resignificaciones del Caribe como espacio a partir del siglo XVI, cuando se da la llegada de los europeos y se producen los dramáticos cambios que generarían un universo completamente nuevo en la zona. A partir de ahí es innegable el papel del Caribe en la potencialización del mundo europeo occidental como metrópolis económica, tecnológica, filosófica y científica mundial.

El Caribe fue clave germinal del eurocentrismo, que rige la gran mayoría de las concepciones y nociones que se manejan, a escala global, acerca de la realidad, el progreso, la ciencia, la riqueza, el conocimiento, y el poder, entre muchos otros aspectos. Fue desde ese espacio, y a través de su ocupación y del exterminio de sus habitantes nativos que se dio, logísticamente hablando, la conquista de América, y, por ende, el impulso mayor al surgimiento del capitalismo en Europa primero, y a escala global después, sumado a los procesos de acumulación primitiva en el viejo continente a finales de la Edad Media e inicios de la Modernidad. El Caribe vio el nacimiento del sistema esclavista moderno, y con ello el racismo moderno. Fue espacio clave para el establecimiento del imperio del azúcar, en parte gracias al uso de mano de obra esclava, una actividad que convirtió a algunas de sus islas en las posesiones de ultramar más valiosas de poderes coloniales europeos, y, por lo tanto, en escenarios de enormes disputas entre estos, con repercusiones en la constitución incluso del mismo continente europeo. En el siglo XIX en las Antillas se vivió la primera revolución americana gestada por esclavos contra un poder colonial; y aún en el siglo XX, con fenómenos políticos como la revolución cubana, continuó siendo un espacio de enorme interés e influencia aún en ámbitos mucho más allá de sus fronteras.

Ante esta exuberancia semántica tan impresionante, ante tanta invención y reinención a lo largo de cinco siglos, y ante tantos eventos de tan determinante importancia que acaecieron en este espacio, siempre ligados al colonialismo y al imperialismo, podemos preguntarnos dónde y cómo encaja una de sus más recientes facetas: el turismo. ¿Cómo se enuncia y representa al Caribe como universo y destino turístico? ¿Desemboca en esta enunciación la historia o las historias de cinco siglos de plantaciones, esclavitud, racismo, capitalismo, disputas entre grandes poderes hegemónicos, y revoluciones? Desde la perspectiva enunciativa ¿se recrea y representa a un Caribe idílico y paradisíaco, lejos de ese legado, o es más bien esa herencia la que determina su enunciación como destino turístico, para acomodarse a intereses capitalistas y de economías de enclave? ¿Qué correspondencia guardan estas representaciones y sus respectivos efectos con las relaciones coloniales? ¿Cuáles de estas podemos rastrear y derivar de *La Tempestad*, de Shakespeare, uno de los textos fundacionales de la literatura colonial, y uno de los más estudiados, alegóricamente hablando, como campo de batalla epistemológico de las relaciones Europa-América?

En el caso de este ensayo, y enfocándonos específicamente en el espacio y los sujetos narrados y construidos durante los siglos XIX y XX, con el fin de implantar la actividad turística de la región y transformar al Caribe en uno de sus referentes a nivel mundial, se determinará la relación que guardan las resignificaciones actuales de la cuenca y las relaciones coloniales establecidas a partir del siglo XVI, y que encuentran eco en *La Tempestad*.

La invención del Caribe y la emergencia de la otredad americana

Como se mencionó anteriormente, *La Tempestad* ha sido alegorizada y convertida en tema de disputa y debate por la crítica latinoamericana desde finales del siglo XIX hasta el presente. Diversos significados le han sido otorgados por distintos críticos y pensadores de todo el continente que, en ocasiones, de manera diametralmente opuesta, han encontrado en sus personajes, en las acciones que estos ejecutan, y en los mundos de los que provienen y en los que se desenvuelven, ecos de las relaciones coloniales establecidas desde la llegada de los europeos a América, o bien, derivaciones que se ajustan a lo que sus posiciones ideológicas proyectan en la obra.

Por ejemplo, el crítico uruguayo José Enrique Rodó, en su ensayo *Ariel: Motivos de Proteo* de 1900, usa al mago Próspero como consejero de la juventud latinoamericana, a la que insta a seguir los ideales estéticos de la Grecia clásica, así como el cristianismo, para luchar contra el materialismo y la amenaza hegemónica estadounidense, representados por Calibán (Rodó, 2001). Una connotación algo similar le daría el poeta nicaragüense Rubén Darío (2003) al esclavo de Próspero en *El triunfo de Calibán*, de 1898, en el que también identifica al personaje con el materialismo estadounidense, en una articulación de ese “alegato desgarrado en favor de una idílica cultura hispánica fundada en valores espirituales, contra el modelo igualitario y capitalista de los Estados Unidos” (Jáuregui, 1998, p. 443). Aníbal Ponce, por otra parte, en su ensayo “Ariel o la agonía de una obstinada ilusión”, de 1938, retrata a Próspero como un déspota ilustrado, mientras Calibán representa a las masas explotadas, inaugurando así una nueva veta interpretativa en el continente que se impondría en la segunda mitad del

siglo XX, con escritores como Aimé Césaire y su obra teatral *Una Tempestad* (1969), en la que Calibán es un esclavo negro revolucionario que se revela contra un Próspero que hace las de colonizador despótico; George Lamming (1984), para quien Calibán es un prisionero del lenguaje que le ha enseñado Próspero; o Roberto Fernández Retamar (2000), que plantea una lectura marxista de la obra, a la vez que sigue la línea del establecimiento de personajes conceptuales a partir de lo que sucede en esta, especialmente a partir de Próspero, pero sobre todo de Calibán.

Críticos como el poeta barbadense Edward Kamau Brathwaite (1977), proponen interpretaciones menos monolíticas y menos fijas para los personajes de *La Tempestad*. Brathwaite indica la posibilidad, dependiendo de las circunstancias, de la intercambiabilidad entre personajes como Ariel, Calibán, Gonzalo y hasta el mismo Próspero, al tiempo que ilustra su tesis con ejemplos concretos de la rebelión de esclavos acaecida en Jamaica entre 1831 y 1832. Sin embargo, la alegorización, el simbolismo, el establecimiento de arquetipos en ocasiones bastante fijos, y la búsqueda de personajes conceptuales han dominado la crítica americana de esta obra desde el siglo XIX hasta el presente. Sin bien es cierto, existe gran validez en el argumento de Brathwaite, no podemos, especialmente desde una perspectiva americana, ignorar que sí hay una serie de ecos que parten de *La Tempestad* y resuenan con fuerza en América, y sobre todo en el Caribe, y que retratan y reproducen ciertas visiones coloniales sobre la cuenca, además de ciertas construcciones de su espacio y de sus habitantes, que bien podrían trazarse a lo largo de cuatro siglos hasta incluso el presente, y de alguna manera ayudarnos a explicar algunas de sus derivaciones turísticas más recientes.

El eco más primigenio es, sin duda alguna, el nombre del personaje Calibán, anagrama de la palabra “caníbal,” acuñada en un idioma europeo por primera vez en los relatos de viajes de Cristóbal Colón, en 1492, a partir de la castellanización de una palabra arawak, que probablemente significaba “valiente,” o “atrevido”, utilizada por los nativos para describirle al almirante sus enemigos comedores de carne humana. Se sabe que Shakespeare conocía acerca de los relatos de antropofagia de la región, a través de los escritos de Michel de Montaigne sobre el canibalismo, aunque su representación de los nativos de la isla –Ariel y Calibán– fue mucho más asimétrica en relación al hombre occidental, al contrario de Montaigne, que tiende más bien a idealizar al caníbal (Vignolo, 2005).

A partir de los viajes de Colón, y de muchos otros cronistas, se da una invención, primero del nativo caribeño, y posteriormente del esclavo africano, traído una vez que los habitantes nativos fueron exterminados durante la conquista. En dichas relaciones, las tendencias discursivas van a colocar, tanto al nativo como al africano, en una posición de otredad semántica al servicio de los intereses coloniales, tanto durante la breve explotación minera de las islas, como a lo largo de la posterior introducción de la gran plantación.

Ya en los mismos relatos de viajes de Colón podemos notar, en primera instancia, el retrato del salvaje dadivoso, ingenuo y servil que el almirante hace de los habitantes nativos:

les di a algunos d'ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho plazer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navios adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras

cosas muchas, y nos las trocavan por otras cosas que nos les dávamos, como cuentezillas de vidro y cascaveles (Colón, 1997, pp. 1).

Además, Colón sugiere que, por su docilidad, hospitalidad y buena disposición “ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dizen todo lo que les dezía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían.” Y finalmente considera llevarse en el momento de su partida a seis nativos a “Vuestras Altezas para que deprendan fablar.” (Colón, 1997, p. 1). Aparte de la hospitalidad y la generosidad, vistas como señales de ingenuidad por los españoles, que se ufanarían durante toda la conquista de intercambiar cosas de poco valor por metales preciosos y víveres, al tiempo que imponían el trueque de oro y su imaginario como las dos caras de su empresa de dominación (Gruzinski, 1994), se nota también la predisposición de los americanos, según Colón, a la servidumbre, además de su otredad manifestada en su barbarismo lingüístico y religioso, ya que al tener que enseñarles a hablar, y al tener que mostrarles la doctrina cristiana, Colón los sitúa fuera de toda civilización.

De la mano de este retrato de los isleños como serviles e ingenuos, surge el abyecto caníbal, comedor de carne humana, y totalmente fuera de toda admisión en el mundo español, pero al mismo tiempo causante de gran fascinación entre los exploradores europeos. En la misma entrada citada anteriormente, del 12 de octubre de 1492, Colón descubre que hay otros nativos que vienen de otras islas o de tierra firme, supone, “a tomarlos [a los isleños que Colón contacta] por captivos” (1997, p. 2). Un mes y medio después expone que “avía gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quien mostravan tener gran miedo; y desde que vieron que [su expedición]

lleva este camino, diz que no podían hablar, porque los comían y que son gente muy armada” (1997, p. 4). En esta descripción, en la que queda escrita por primera vez la palabra “caníbal”, se enfatiza también un gran vacío de civilización según Colón, que serviría muy pronto de justificación ideológica de la conquista, porque se estaba sometiendo a pueblos en el límite de la abyección, que comían carne humana, y que incluso tenían supuestamente aspecto monstruoso, como un solo ojo, o como se dijo en otras entradas, cabezas de perro.

En *La Tempestad*, Calibán es un poco de estos dos extremos. Es el buen salvaje que una vez ha aprendido a hablar el idioma de Próspero, le muestra a este los secretos de la isla, las fuentes de agua y alimento. Pero al mismo tiempo, su aspecto deforme y la amenaza que representa, especialmente ante Miranda, a quien intenta violar, lo aproxima a la abyección impuesta al caníbal. La otredad se amalgama con su rebeldía, su obstinación y odio hacia Próspero cuando le interpela el haberle arrebatado la soberanía de la isla:

Esta isla es mía. La heredé / De Sýcorax, mi madre, / Y tú me la quitaste. / Al principio, cuando llegaste aquí, / Me acariciabas, / Y me tenías en mucho; solías / Dar me agua de bayas / Y me enseñaste a nombrar / La luz más grande, / Y la menor, / Que arden de día y de noche; / Yo entonces te amaba, / Y te mostré todas las cualidades / De la isla, los manantiales / De agua clara, / Las minas de salmuera, / Lugares fértiles y yermos: / ¡En mala hora / Lo hice! / ¡Que todos los hechizos / De Sýcorax, / Sapos, escarabajos y murciélagos, / Lluevan sobre vosotros, / Pues soy yo todos los sujetos / Que tenéis, yo, que era antes / Mi propio Rey!: / Y ahora me habéis encerrado aquí, / En esta pocilga de dura roca, / Mientras apartáis para vuestro uso / El resto de la isla... / Vosotros / Me enseñasteis el lenguaje, / Y el provecho que saco de ello

/ Es que sé maldecir. ¡Que la peste bermeja os acabe / Por hacerme aprender vuestra lengua (Acto I, Escena II).

Es decir, Calibán es el buen salvaje mientras coopera con el proyecto colonizador de Próspero. Una vez ese idilio termina, como terminó el idilio descriptivo de los españoles en las primeras islas del Caribe que visitaron y de las que se maravillaron, y Calibán se sale del libreto servil que Próspero le ha impuesto, se convierte en el monstruo abyecto y amenazante que debe ser castigado por el conocimiento del amo, al tiempo que demuestra el lado vil del lenguaje que le ha enseñado su civilizador, la capacidad de maldecir y desear el mal. En este caso Calibán encarna el típico fenómeno que formula Frantz Fanon (2001) en *Piel Negra, máscaras blancas*, el de un hombre que posee la lengua e implícitamente el rechazo, el mundo implicado y expresado en esa lengua, y que se sitúa siempre en relación a la lengua civilizadora, a la cultura metropolitana.

Una vez que las reservas de metales preciosos del Caribe, exigua comparada con las de México o Perú, se agotaron, la caña de azúcar, introducida por el mismo Colón en 1493 desde las islas Canarias, se convertiría en el nuevo motor generador de riqueza; y una vez extintos los pueblos originarios, los africanos serían sus sustitutos, a partir de su esclavización y su traída forzosa de África. Durante el comercio de esclavos, que alcanzaría su cúspide en los siglos XVII y XVIII, una vez más, y como sucediera anteriormente con los indígenas caribeños, sus cuerpos serían vistos como mercancía utilitaria a beneficio de la industria azucarera. Los ingleses, ya para entonces otro poder colonial en la zona, los denominarían “black ivory” o marfil negro, y los españoles “piezas de Indias” (Williams, 1997), lo que demuestra la objetivación de seres humanos, al

considerarlos simplemente instrumentos a la hora de producir riqueza para otros.

Empresas dedicadas al comercio de esclavos establecidas en Inglaterra, Francia, Holanda, Suecia, Dinamarca, España y Portugal se disputaron el trasiego y venta de seres humanos en el Caribe y otras partes de América, e incluso algunas de ellas usaron medidas de peso en vez de cantidad para cuantificar a los esclavos. Esto queda demostrado en un contrato entre españoles y portugueses de 1676, en el que se negocian 10.000 “toneladas” de esclavos, en donde cada tonelada equivalía a tres esclavos, no teniendo el mismo valor un esclavo de baja estatura o un niño que una “pieza de indias” de 30 a 35 años, alto y sin defectos físicos (Williams, 1997). Incluso en 1651, la English Guinea Company instruyó a sus agentes a cargar los barcos de esclavos desde África hasta el límite, y en caso de que sobrara campo, completar la carga con ganado.

Estos ejemplos son muestras de la continuación de la visión utilitaria de los conquistadores, y luego los latifundistas europeos, de los seres humanos no europeos nativos o implantados en el Caribe. Se genera una noción de otredad que tendría gran peso a lo largo de los siglos, y que nuevamente pondría a seres humanos fuera de la civilización, y, por ende, no merecedores de las consideraciones propias a sujetos civilizados. Al mismo tiempo, los coloca dentro de la órbita de la otredad extrema, ya en el siglo XIX justificada por pseudo ciencias como la craneología, la frenología, o la eugenesia. Incluso, casi a comienzos del XX, tales saberes aún servían de justificación ideológica, por ejemplo, para que poderes coloniales como el español permanecieran en Cuba, ya que su retirada, argumentaban los mismos españoles, apoyados por muchos intelectuales europeos, supuestamente

causaría que la isla cayera en manos de los esclavos negros, y sucediera lo mismo que había sucedido con la revolución haitiana de principios del siglo XIX (Zinn, 2003).

Si bien es cierto, los procesos esclavistas masivos en América acaecen mucho después de la escritura de *La Tempestad*, las ideas de Trínculo, el bufón, y Estéfano, el bodeguero borracho, acerca de Calibán, de algún modo predicen las relaciones que se establecerían en los siglos posteriores entre esclavistas y dueños de plantaciones, y su intención de lucrar con los cuerpos de los africanos. Trínculo, maravillado por la extrañeza física de Calibán, al que incluso confunde con un pez, inmediatamente imagina la fortuna que haría si lo exhibiera en Londres como esclavo y como rareza, haciendo al público pagar por verlo. Estéfano, quien llama a Calibán “monstruo”, por su parte, piensa domesticarlo y llevarlo a Nápoles, en donde sería “un regalo digno de cualquier Emperador” (Acto II, escena 2). Es decir, incluso los dos personajes europeos de más baja calaña de la obra, sin educación o título nobiliario alguno, y representantes del proletariado en el micro mundo del barco naufrago, se ven a sí mismos como superiores a Calibán, y este inferior a ellos, y muestran tres características básicas que se darían, tanto de parte de los españoles, como de los esclavistas posteriores en relación al otro: verlo como exótico y extraño, fuera de la civilización; atribuirse la potestad y el deber de civilizarlo; y finalmente, lucrar con este, lo que no solo imaginan, sino que cumplen al hacer de Calibán su súbdito y su guía en sus intenciones de arrebatarle la isla a Próspero y hacerla una colonia de su propiedad.

Evidentemente todas estas concepciones acerca del otro nativo y el otro africano irían de la mano, a lo largo de toda la historia del Caribe a partir de 1492, de una resignificación del espacio como exuberante,

semánticamente y materialmente rico, y presto a ser descubierto y utilizado para generar grandes riquezas. El mismo Colón afirma, desde su llegada a la primera isla que visita, que “es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, qu’es plazer de mirarla” (1997, p. 2). Más adelante sostiene haber visto “güertas de árboles, las más hermosas que yo vi, e tan verdes y con sus hojas como las de Castilla[s] en el mes de abril y de mayo, y mucha agua” (1997, p. 2), y “muchos árboles muy diformes de los nuestros, d’ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra; y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra” (1997, p. 3). Es decir, dota al espacio que construye en su descripción con una gran riqueza semántica, al mismo tiempo que se maravilla de su exotismo, al punto de darle connotaciones edénicas, como se nota claramente en la siguiente descripción de

“grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboledo en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las yervas como en el abril en el Andalucía y el cantar de los paxaritos que parece qu’el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que ascorecen el sol, y aves y paxaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla. Y después ha árboles de mili maneras y todos dan de su manera fruto, y todos güelen qu’es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía y d’ellos traigo la demuestrá, y asimismo de las yerbas” (199, pp. 3).

Esta descripción tan llena de adjetivos que otorgan gran capital a los sustantivos nombrados inmediatamente

se conecta con un supuesto valor que el espacio ha de tener, y que además de su belleza, encierra tesoros que ayudarán a pagar la inversión de los viajes. Es una descripción que sería muy frecuente en la literatura de viajes posterior, llegando incluso al presente y que según Mary Louise Pratt (2010), ayudaría a justificar ideológicamente, a partir de la riqueza semántica dada a los territorios explorados, su ocupación y explotación.

En los siglos posteriores, con la gran plantación, primero de tabaco y luego de azúcar, sucedería lo mismo. De ahí que el mismo Adam Smith llegara a afirmar que “las ganancias de la plantación azucarera en cualquiera de nuestras colonias de las Indias Occidentales son mayores que las de cualquier otro cultivo conocido en Europa o América” (Williams, 1997, p. 121). Solamente la colonia de Barbados, a finales del siglo XVII era considerada por los ingleses más valiosa que las posesiones de Carolina, Nueva Inglaterra, Nueva York, Pensilvania, Virginia y Maryland juntas, a partir de las ganancias que les generaba el azúcar (Williams, 1997, 42). O bien, para Francia fue imperdonable haber perdido su colonia más valiosa, Haití, a manos de esclavos, a los que impuso un embargo por veinte años posteriores a la independencia, más el pago de una indemnización exorbitante que no terminó la colonia rebelde de cancelar hasta 1947.

Es decir, se han combinado, a lo largo de cinco siglos, representaciones y construcciones del espacio que mezclan lo exótico, lo fantástico, lo maravilloso, y lo exuberante con lo rico, lo valioso, y lo que es capaz de generar enormes riquezas. El espacio también se presenta como diseñado para ser transformado, puesto a producir fortuna, y para ser controlado desde afuera, como fue el caso de la mayoría de las plantaciones, que no eran más que enclaves manejados por latifundistas

ausentes, o que, en caso de vivir en las islas, enviaban a sus hijos a estudiar a Europa, para no volver al Caribe (Williams, 1997).

Algo similar sucede con Próspero, que libera a Ariel de la prisión a la que lo había sometido la bruja Sycorax, y al hacerlo su esclavo, con su ayuda puede manipular todos los elementos en la isla y sus alrededores, hasta modificar incluso el clima; o bien someter a sus enemigos, utilizando la isla, como sucediera en el Caribe, como espacio de confrontación entre poderes europeos, en este caso, Próspero ante el duque usurpador de Milán, Antonio, y el rey de Nápoles, Alonso. O bien, con la ayuda de Calibán, de quien depende para cuestiones básicas como la recolección de leña o la procura de alimentos, dar con las fuentes de agua del lugar, los lugares donde hay frutas, y los terrenos fértiles que aseguren su subsistencia. Es decir, al igual que en el colonialismo caribeño, se da una relación bastante estrecha entre el espacio, rico y disponible, y la mano de obra esclava que hace posible su explotación y la generación de poder y riqueza.

La resignificación del Caribe turístico y el poder de la enunciación colonial: los sujetos y el espacio caribeños

El principal matiz, o bien la mutación actual del Caribe como zona de contacto, económica y socialmente hablando, es el turismo. La implementación definitiva del mismo como actividad principal se da una vez que las diferentes formas de producción como la gran plantación azucarera de tiempos de la colonia, o la plantación bananera posterior, transformadas en agroindustrias en países como Costa Rica, República Dominicana o Jamaica, se volvieron menos rentables a finales del siglo XX; o bien, cuando países como Cuba se quedan sin aliados económicos estratégicos

debido a la desaparición de la Unión Soviética, y debe echar mano del turismo durante el así llamado “período especial” que siguió a la caída del socialismo real y sumió al país en una severa crisis económica. A pesar de que ya desde finales del siglo XIX y principios del XX la región le hacía guiños al turismo como fuente de divisas, no fue hasta finales del XX y principios del XXI que esta actividad se convirtió en el principal referente de atracción de ingresos para muchos de estos países. Para muestra, basta consultar informes provenientes de la región para constatar la información (Linares, 2015), (Díez, 2008), (Benavides, 2005) (Sacks, 2010).

En esta nueva fase se da una circulación de sujetos y espacios que deben adquirir ciertas características con el fin de que sean aptos para ser visitados desde afuera por viajeros que necesitan hacerse de una idea del lugar antes de adentrarse en él. Es en estas características asignadas a través de la representación y la narración en donde la otredad colonial salta a la vista, lo mismo que los efectos de estos modos de representación en los modelos de desarrollo turístico implantados en la cuenca, en donde predomina el enclave turístico.

Entonces, existe una circulación de sujetos que se convierten en mercancías a través de su representación. Como figuras calibanescas son imaginados como personal de servicio, como figuras decorativas en playas, especialmente las mujeres, y como mercancía de turismo sexual. Estos imaginarios condensan, de buena manera, el concepto de deseo colonial propuesto por Robert Young (1995): esa obsesión por la hibridad y las fantasías transgresivas de sexo interracial; y sobre todo, la diferencia entre un yo que visita, “descubre” y experimenta, generalmente en ambientes confortables y controlados según su idea de comodidad y seguridad, como el resort de playa, y un otro que le recuerda al

visitante su posición de privilegio, de poder viajar, explorar, “descubrir” y narrar. Esto se da al hacer uso de la inversión de la idea primigenia del viaje y la hospitalidad, en la que el viajero, en posición de vulnerabilidad, era atendido por el anfitrión de modo desinteresado o basándose en algún convenio religioso o militar; y en lugar de eso, es atendido a cambio de dinero, en lo que Maximiliano Korstanje (2010) ha venido a llamar “hospitalidad condicionada”, según la cual, quien viaja es quien ahora se va a situar en una posición de privilegio en relación a quien hospeda, principalmente gracias a su poder adquisitivo.

Al igual que sucedió con la construcción del caníbal caribeño para audiencias europeas a finales del siglo XV e inicios del XVI, el turismo moderno en la región, tal y como se ha desarrollado en la actualidad, garantiza un encuentro con el otro sin un contacto real. Peter Hulme (1986) afirma que, por ejemplo, la supuesta veracidad de los diarios de Colón fue opacada por capas de lenguaje, transcripciones, suposiciones, y problemas de traducción, entre otros; pero que sin embargo generó, con la incorporación del antropófago americano en los relatos, un enorme impacto en el imaginario europeo acerca del otro americano. El punto no es, según afirma Hulme, debatir acerca de la veracidad de los diarios, o de la existencia de caníbales según los imaginaba Colón, sino en admitir un amplio significado en la justificación de relaciones de poder existentes a la hora de narrar ese otro caribeño.

Los sujetos, al ser representados exclusivamente para satisfacer intereses económicos a partir de las demandas de la actividad turística, son producidos, por guías de viajes o la literatura de viajes, para ser consumidos por quienes aún no han visitado los espacios que se anuncian, pero que reciben información de esos

sujetos y lugares a través de miradas privilegiadas de escritores occidentales, que van a dotarlos de atractivos que provoquen la curiosidad y el deseo del potencial visitante, y le induzcan a visitar la región. (Caronan, 2005).

En esta circulación de sujetos de consumo por parte de la industria, generalmente se enfatiza la narración de un otro dócil, la contraposición entre un yo moderno versus un otro atrasado, la representación de una visión esencialista de la cultura anfitriona, y la narración de sujetos, hombres y mujeres, con deseos de ser poseídos sexualmente por el advenedizo turista, que tiene el poder adquisitivo suficiente para adquirir esos sujetos y satisfacer su deseo colonial.

En cuanto a los primeros dos tropos, el de sujetos dóciles y los sujetos atrasados, abunda la concepción, tanto en la literatura de viajes como en las guías de viajes, de nativos dispuestos a ayudar al viajero y a suplir sus necesidades al mismo tiempo que viven en estados primigenios en comparación con los estándares occidentales. Así, por ejemplo, según la guía *Fodor's Costa Rica*, la gente de dicho país es “amigable, con un meloso estilo pura vida [que le] agrega calidez a su visita [la del turista]” (s.f.). En la comarca de Guna Yala, en el Caribe panameño, según *Lonely Planet Panamá*, el viajero se encontrará con un clan que poco ha cambiado desde que Colón visitara sus tierras en 1502 (McCarthy s.f.). Es decir, la amabilidad y la bondad del nativo, además de la posibilidad de ver pueblos que aún viven en estados primigenios, en territorios edénicos, se convierten en activos, en atractivos que son consumibles por parte de los visitantes.

En este caso tenemos una versión contemporánea del “buen salvaje” americano imaginado por Colón, amable y hospitalario, que le da valor a la aventura

exploratoria y promete reparar grandes dividendos a la misma. Es la afirmación de la idea de visitar lugares fuera de la modernidad o la civilización, hermosos, inocentes, sin corromper, y en un estado natural, en donde nativos amables reciben al turista explorador. Es la noción contemporánea del buen salvaje, que, sin embargo, y como advierte Vanessa Wijngaarden (2010), generalmente revela más acerca de los aspectos sociales y las discusiones occidentales acerca del otro, que acerca de las sociedades mismas a las que se refiere, al existir principalmente en el imaginario de quien usa el concepto.

Generalmente estas ideas de un otro amable, dadivoso y primigenio van acompañadas de la tercera visión, la de concebir de forma esencialista las culturas de los espacios que se visitan. Se generan entonces nociones de pueblos estáticos, con características claramente definidas, homogenizadas y naturalizadas, a pesar de que en cualquier ambiente académico contemporáneo dichas nociones han sido prácticamente superadas (Salazar, 2009). Sin embargo, en las representaciones turísticas, el esencialismo es favorecido para generar una fantasía de lo auténtico, de lo verdadero, cuando esta “verdad” o “autenticidad” no es más que el producto que se quiere vender, el señuelo con el que se quiere atraer al visitante.

De este modo, Jamaica es la tierra de Bob Marley, la tierra de los ritmos reggae; es, en palabras de Paul Clammer (p. 1), escritor de *Lonely Planet* una “estación eléctrica musical”, o bien, es el “jardín de Jah”, como si toda la cultura del país girara en torno a la música reggae o al rastafarianismo. En el caso cubano, este es visto como un país “detenido en el tiempo, un príncipe con abrigo de pobre”, por cuyas venas corre música devenida de una dinámica fusión “definida por los entendidos como

un idilio entre el tambor africano y la guitarra española” (Sainsbury, 2015, p. 1). Al igual que Jamaica, Cuba es definida en torno a características esencialistas que encuentran significado más que nada entre quienes no han tenido contacto con la isla, y la imaginan como una amalgama de exotocidades que actúan como imán para su curiosidad y para la concreción de un viaje que generará utilidades económicas.

Esta mezcla idílica entre lo africano y lo europeo nos lleva a la cuarta visión acerca del sujeto caribeño en el imaginario turístico contemporáneo, y es precisamente la que lo visualiza, según la noción de fantasía de deseo colonial, como objeto de esa atracción sexual por el otro exótico. No nos referimos solamente al turismo sexual, visto desde una perspectiva feminista como ese ejercicio de poder del hombre con capacidad de pago que consume cuerpos de mujeres nativas mientras cumple fantasías evasivas de encuentros sexuales con la otredad, guiándose, por ejemplo, por imaginarios de la mulata como sinónimo de tentación u objeto sexual que puede ser explotado. Más bien, nos referimos a la representación del otro, ya sea hombre o mujer, como dispuestos a ser poseídos sexualmente, con cuerpos y con condiciones socioeconómicas que garantizan y facilitan esa posesión.

Es lo que ha venido a llamarse “turismo romántico”, que no es más que un ejercicio de poder que incluso desafía las convenciones de género que dicen que el hombre tiene las de ganar. En este caso incluso mujeres occidentales viajan a lugares como Jamaica y otros países del Caribe en busca de relaciones románticas con hombres nativos, los cuales deben articular los ideales de masculinidad que las visitantes han adquirido de la cultura local y transformar su identidad con tal de parecer atractivos a esas mujeres. En dichas relaciones, al igual que en las

que se establecen entre hombres extranjeros y mujeres nativas, existe una gran disparidad económica, que unida a la racial y a la cultural, contradice las nociones estándares de hegemonía masculina, y colocan la etnia y el poder adquisitivo como factores más preponderantes (Pruitt, 1995). Esto demuestra el poder de la fantasía del deseo colonial, que traspasa las barreras de género y que moldea a los sujetos nativos como dispuestos a ser poseídos sexualmente, en una transacción en la que priva el capital cultural y económico de quien efectúa la transacción, sea hombre o mujer.

En estas concepciones de sujetos caribeños derivadas de las representaciones turísticas modernas no podemos dejar de advertir la herencia colonial, no solamente en su aspecto económico o político, sino también epistemológico. En *La Tempestad*, Calibán y Ariel son siervos naturales de Próspero solo por el hecho de ser nativos. Existen para servirle al amo, para facilitarle su existencia en la isla, y en caso de rebelarse, como sucede con el primero, lo que le espera es el calificativo de abyecto, y el castigo. En cuanto a cuestiones de género, Miranda, una adolescente sin más capital cultural que el que le ha inculcado su padre en una isla sin ningún contacto con el mundo de opulencia del que proviene, encuentra un inferior en Calibán, a pesar de que éste es del género masculino, desafiando, como las turistas del romance países como Jamaica, las normas de género. La diferencia es que Miranda rechaza a Calibán porque en el mundo de la obra ella debe ser objeto de deseo racional, de un personaje como Fernando, hijo de un rey, pero no de una “máquina de trabajo” como Calibán (Winter, 1990). En la actualidad, muchas mujeres occidentales encuentran el placer sexual como una de las labores que estas “máquinas de trabajo” caribeñas pueden realizar.

Finalmente tenemos el espacio, elemento irremediabilmente ligado a los sujetos en la particularidad que comparten la maleabilidad de poder ser moldeados discursivamente, con consecuencias utilitarias trazables, en nuestro caso, a los modelos de turismo impuestos en la cuenca del Caribe. En primera instancia saltan a la vista las similitudes entre, por ejemplo, las descripciones actuales de las bellezas naturales de los países de la región, y las formas en que viajeros como Colón se refirieron a estas hace 500 años, antes de que lo fueran. Esto sustenta la idea de que aún en la actualidad, es el imaginario colonial, y su modo de construir espacios, el que domina la narración de zonas como el Caribe moderno. En este imaginario predomina la representación de espacios como inexplorados e inalterados, lo que motiva la fantasía de exploración y descubrimiento (Caronan, 2005), la exuberancia semántica que dotan al espacio de riqueza utilitaria (Pratt, 2010), la promesa del escape de la civilización (Wijngaarden, 2010), el espacio para ser consumido (Salazar, 2009) y el espacio para ser modificado y cambiado, según los requerimientos de la industria (Carey, 2011). Cada una de estas concepciones está fundamentada en ejemplos discursivos que vienen desde el siglo XIX y desembocan en el XXI, tanto en muestras de literatura de viajes y guías que circularon a finales del decimonónico, como en las más populares guías de la actualidad, que pueden ser recuperadas fácilmente en internet o adquiridas en cualquier librería.

Entonces, predominan los adjetivos que evocan lo prístino, como playas blancas, o playas vírgenes; la exuberancia de flora y fauna que circundan al advenedizo turista, que las consume con la mirada, como, por ejemplo, en el caso de Costa Rica. En este país, según Ashley Harrell (2015), de *Lonely Planet*, la vida salvaje es tan abundante que casi parece una

caricatura, con tucanes que te miran desde las copas de los árboles, lapas rojas que anuncian con un jolgorio su vuelo, osos perezosos, caimanes que salen a la superficie en los pantanos de los manglares, mientras que, el movimiento de las hojas de los árboles anuncia a los monos cara blanca o el llamado de los monos aulladores. O bien el caso de Jamaica, país que, según Paul Clammer, también de *Lonely Planet* (2015, p. 1) “clama por ser explorado”, ya sea bajo el agua, a través de caminatas, en balsa, bajo tierra, o en la carretera ya sea en automóvil o en bicicleta. Es decir, se da la aglutinación de adjetivos calificativos y descripciones semánticamente ricas como prolepsis de la exploración y el consumo de ese espacio por parte de quien visita, en una escuela narrativa que repite los lugares comunes de sus antecesores exploradores, conquistadores y colonos.

Una vez que el espacio ha sido valorado y catalogado según los estándares y los intereses que dicta la actividad turística desarrollada, viene, al igual que en la colonia, la modificación del mismo para dar lugar, en el caso caribeño, casi siempre al resort que enclava porciones de terreno con aptitudes turísticas para uso exclusivo de la actividad. El discurso modificador es tan persuasivo que ha logrado modificar a lo largo de la historia, como apunta Mark Carey (2010), incluso el clima, que ha pasado, a través de las narrativas turísticas, de ser causante de enfermedades tropicales y huracanes, con elementos que degradaban la moral humana, a paraísos tropicales como los descritos en el párrafo anterior, refugio de viajeros que escapan de fríos inviernos en el hemisferio norte, y que, como demuestra el autor, no solo buscaban relajación y esparcimiento, sino ejercicio de poder sobre poblaciones nativas más pobres. La idea de Carey sugiere entonces que las narrativas en las que predomina la belleza y la

riqueza semántica, tan típicas de la conquista, sufren una especie de hiato y renacen a partir del siglo XX, o bien a finales del siglo XIX, con el advenimiento del turismo, cuando la belleza que describiera Colón, o lo que queda de ella, vuelve a cobrar valor. Como el mago Próspero, entonces, los relatores del turismo también tuvieron el poder de modificar el clima, para, al igual que el depuesto duque de Milán, favorecer sus intereses.

Conclusiones

Vemos entonces que las circunstancias históricas acerca de la visión, construcción y función del Caribe como espacio a través de siglos de conquista, enclave, esclavitud, racismo y revoluciones, se siguen imponiendo, al día de hoy, en la unidad de producción turística contemporánea. Los ecos de Próspero se escuchan fuertemente aún en la actualidad. No existen representaciones inocentes y sin trasfondo ideológico, sin estar inmersas en circunstancias sociales e históricas que las moldean y que van a producir efectos palpables a la hora de organizar lo que percibimos como realidad, y a la hora de determinar las relaciones entre los distintos grupos humanos que interactúan en una región como la caribeña. El legado colonial sigue jugando un papel muy importante en las representaciones actuales de la región.

No se trata acá, tampoco, de hacer generalizaciones y ver al turismo como una entidad o actividad monolítica completamente dañina y sin matices, pero algunas aristas que ha tomado la actividad, especialmente en el desarrollo de resorts de playa “todo incluido”, han demostrado acarrear consecuencias cuestionables en cuanto al uso de terrenos, recursos naturales, degradación ambiental, dependencia económica, explotación laboral y muchos otros aspectos que sin

duda alguna no podemos desvincular de modos de narración, representación y producción de espacios y sujetos que sirven de justificación ideológica para que estos fenómenos puedan suceder.

Las “unidades de ocio privatizadas”, para usar la terminología de Antonio Aledo (2008), que abundan en el Caribe, desde México hasta Puerto Rico, han generado exclusión (Cañada y Blásquez, 2011), inequidad en las condiciones sociales de los trabajadores (Jiménez, 2011), problemáticas ambientales (Morera y Sandoval, 2008), (Hernández y Picón, 2013), y enclaves modernos, con caña de azúcar transmutada en administración del ocio. El proponer soluciones a la mayoría de los problemas suscitados a partir de la existencia de estos emporios en el Caribe no termina con revisar políticas públicas o tomar medidas administrativas, también implica una revisión profunda de los modos de representación, los discursos operantes y sus efectos, los cuales este trabajo ha tratado de elucidar.

Renunciar a la fe ingenua, o a la supuesta veracidad de las representaciones visuales o de las narraciones acerca del Caribe es un primer paso para generar un cambio. Toda representación y toda narración se enmarcan en supuestos e intereses, y en el caso del Caribe, aún hoy en día, las visiones que lo moldean como lugar colonial se siguen dando. Reclamar el permiso de narrar, cuestionar la doble conciencia, de la que hablaba Du Bois, o las máscaras blancas de Fanon, son indispensables para que esa labor de narrarse y representarse a sí mismo sin una mirada impuesta, o autoimpuesta se pueda dar. Solo así se podrá decolonizar la región de un Próspero que, como en *Una Tempestad*, versión de Aimé Césaire (1971) de la obra original de Shakespeare, aún se resiste a abandonar la isla.

Referencias bibliográficas

- Aledo (2008). “De la tierra al suelo: la transformación del paisaje y el nuevo turismo residencial” *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*. 729, 99-113.
- Benavides, S. (2005). “El sector turismo: su aporte a la economía.” *Economía y sociedad*. 27, 111-121.
- Brathwaite, K. (1977). “Caliban, Ariel, and Unprospero in the conflict of Creolization: A study of the slave revolt in Jamaica in 183-132”. *Annals of the New York Academy of Sciences*. 292, 41-62.
- Cañada, E. y M. Blásquez. (2011). *Turismo Placebo: Nueva colonización Turística*. Managua: EDISA.
- Carey, M. (2011). “Inventing Caribbean Climates: How Science, Medicine, and Tourism Changed Tropical Weather from Deadly to Healthy.” *Osiris*. 26(1), 129-141.
- Césaire, A. (1971) *Una tempestad*. Barcelona: Barral Editores
- Caronan, (2005). “Colonial Consumption and Colonial Hierarchies in the Representation of Philippine and Puerto Rican Tourism.” *Philippine Studies*. 53(1), 32-58.
- Clammer, P. (2015). “Why I Love Jamaica”. *Lonely Planet Jamaica*. Recuperado en <https://www.lonelyplanet.com/jamaica>
- Colón, C. (1997). “*Diario del primer viaje*”. *Textos y documentos completos*. Ed.

- Consuelo Varela. Madrid: Edición de Juan Gil.
- Darío, R. (2003). *El triunfo de Calibán*. Buenos Aires: Biblioteca Virtual Universal. Recuperado en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/155.pdf>
- Díez, F. (2008) *Impacto del turismo internacional en la economía cubana*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata. Recuperado en http://nulan.mdp.edu.ar/1413/1/diez_g.pdf
- Fanon, F. (2011). *Piel negra, máscaras blancas*. La Habana: Editorial Caminos
- Fernández, R. (2000). *Todo Calibán*. La Habana: Casa de las Américas.
- Fodor's Costa Rica Travel Guide (s.f.). Recuperado de: <http://www.fodors.com/world/mexico-and-central-america/costa-rica>
- Gruzinski, S. (1994). *La guerra de las imágenes: De Cristóbal Colón a Blade Runner*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Harrell, A. (2015). "Why I Love Costa Rica". *Lonely Planet Costa Rica*. Recuperado en <https://www.lonelyplanet.com/costa-rica>
- Hernández, A. y J. Picón (2012). "En la frontera del conflicto socio ambiental: el modo de vida rural y el desarrollo del turismo de sol y playa en Guanacaste, Costa Rica". *Ambientales*. 42 (2). 31-44.
- Hulme, P. (1986). *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean 1492-1797*. Londres: Methuen
- Jáuregui, C. (1998). "Calibán: icono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío y "El triunfo de Calibán"". *Revista Iberoamericana* 184-185. p. 441-455.
- Jiménez, A. (2011). "De lo global a lo local: las cadenas hoteleras y la región de Cancún – Riviera Maya." *Turismo Placebo: Nueva colonización turística*. Cañada, E. y Maciá Blázquez (Eds). Managua: EDISA, 2011.
- Korstanje, M. (2010). "Las formas elementales de la hospitalidad." *Revista Brasileira de Pesquisa em Turismo*. 4(2), 86-111.
- Lamming, G. (1984). *The Pleasures of Exile*. Nueva York: Ann Arbor Paperbacks
- Linares, H. (2015). "Turismo: base de la economía de la República Dominicana." *C.elcaribe*. Recuperado en <http://www.elcaribe.com.do/2015/09/21/turismo-base-economia>
- Mccarthy, C. (2015). "Why I Love Panama." *Lonely Planet Panamá*. Recuperado en <https://www.lonelyplanet.com/panama>
- Morera, C. y L. Sandoval (2008). "El modelo de desarrollo turístico de Guanacaste, Costa Rica: convivencia y conflicto." En J. Picón, D. Morales, y L. Obando. *Desarrollo sustentable del turismo en Mesoamérica* (127-140). Nicoya, Costa Rica: U N A - SRCH.
- Palazón, M. (2011). *Preludio de "La Tempestad"*. Recuperado en <https://ia800306.us.archive.org/12/items/>

- WilliamShakespeareLaTempestad/William%20Shakespeare,%20La%20Tempestad.pdf
- Pratt, M. (2010). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de cultura económica.
- Pruitt, D. (1995). "For Love and Money: Romance Tourism in Jamaica." *Annals of Tourism Research*, 22 (2) p. 422-440.
- Rodó, J. (2001). *Ariel: Motivos de Proteo*. Caracas: Edición Biblioteca de Ayacucho
- Sacks, A. (2010). Tourism as Driver of Jamaica's Economic Development. Oxford: Oxford Economics http://www.jhta.org/images/PDF/Oxford_Summary_Findings-JHTA3-20-2012.pdf
- Sainsbury, B. (2015). "Why I Love Cuba." *Lonely Planet Cuba*. Recuperado en <https://www.lonelyplanet.com/cuba>
- Salazar, N. (2009). "Imaged or Imagined? Cultural Representations and the "Tourismification" of Peoples and Places (Imagé ou imaginé? Les représentations culturelles et la «tourismification» des peuples et des lieux)". *Cahiers D'Études Africaines*, 49(193/194), 49-71.
- Shakespeare, W. (2011). *La Tempestad*. Recuperado en <https://ia800306.us.archive.org/12/items/WilliamShakespeareLaTempestad/William%20Shakespeare,%20La%20Tempestad.pdf>
- Vignolo, P. (2005). "Hic sunt canibales: el canibalismo del Nuevo Mundo en el imaginario europeo." *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. 32. p. 151-188.
- Wijngaarden, V. (2010), "Cosmopolitan Savages: The Challenging Art of Selling African Culture to Tourists." *Etnofoor*. 22(2). 98-125
- Williams, E. (1997). *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean*. Nueva York: Vintage Books.
- Winter, S. (1990). "Beyond Miranda's Meaning: Un/silencing de Demonic Ground of Caliban's Woman." *Out of the Kumbia: Caribbean Women and Literature*. E. C. Baoyce Davies., E. Savory Fido. Trenton, N.J.: Africa World Press.
- Young, R. (1995). *Colonial Desire: Hybridity in Theory, Culture and Race*. Londres: Routledge.
- Zinn, H. (2003). *A People's History of the United States*. Nueva York: Perennial Classics